

# El fin del mundo

Tomas Cardenas Palau



# Capítulo 1

## I.

Dicen que cuando el fin del mundo llegue solo sobrevivirán las cucarachas. Quizás tienen razón. Las cucarachas son animales que se arrastran en la inmundicia para poder existir, habitan en lugares donde no llega el ojo humano y se revuelcan en olores donde el olfato humano no quiere ni saber que existe.

Y en eso nos ha tocado convertirnos... en cucarachas rastreras, asquerosas y escurridizas.

Salí de mi casa, más bien el refugio, en busca de comida o medicamentos. Iba solo, últimamente salgo solo, armado con mi confiable bate de madera y poniendo la cara más seria que nunca, una mirada que te hace cagar en los pantalones. El lugar de siempre, el supermercado o lo que queda de él. La gente lo había arrasado cuando la pandemia se hizo incontenible y los Estados empezaron a caer. Antes era brillante, hermoso y surtido, un supermercado de clase alta; ahora un estercolero caído, oscuro y lleno de plagas que roñen lo poco que queda dentro.

Cuando iba a mitad de camino entre el supermercado y el refugio me abordaron. Los típicos pandilleritos de siempre y siempre en el mismo callejón de mierda.

-¿Qué haces aquí Tom? -Preguntó el líder, Oscar.

-¿Qué putas te importa? -En mi vida pasada, ante del mierdero, hubiese sido más abierto a la plástica. Ahora parto piernas por gusto.

-Es nuestro territorio. Tienes que pagar.

-¿Si?

-Sí, dos latas.

-Dos latas... pues mira, latas no tengo para ti, pero tengo un bate que te deja el cuerpo desmenuzado como atún de lata. ¿Te sirve?

Se echaron a reír.

-Somos cuatro. Tú un solo idiota.

Como si hubiesen hecho iclic! Los bastardos se echaron encima. A los dos primeros les alcancé a dar y directo en la cabeza, unos buenos golpes que de seguro dejaron sus cerebros inundados en su propia sangre. Para los dos últimos no tuve tanta suerte. Uno se me echó a las piernas y el otro, Oscar, alcanzó a agarrar mi swing y arrancarme el bate de las manos. Ahí me dieron de a golpes hasta que se cansaron. Aproximadamente cinco minutos. A pesar de cubrir cabeza y cara con los brazos y encogerme como un feto, sus golpes alcanzaron a partirme huesos como si de cristales se tratasen.

Se largaron. Oscar y su lamebotas. Al menos dejaron mis latas de conserva.

Yo quedé tendido en mi propia sangre como un desperdicio humano.

No sé cuánto tiempo estuvo inconsciente o bueno, quise estarlo. Sentía como si las manos fueran a desprenderse del antebrazo y no me atreví a verme los dedos, pero por la sensación pude prever que estaban más astillados que las ramas de un árbol.

-¡Jesús!

-¡Sí, Jesús, ven y sálvame!

-Idiota. ¿Qué te pasó?

Era Mirian. Siempre patrullaba por mi barrio o bueno, lo que quedaba de él. Me estimaba y yo la estimaba, o simplemente quería echar un polvo. Que putas sé, nunca llegue a entenderlas y mucho menos en el fin del mundo.

Se me echó encima e intento ver la magnitud de mis heridas, pero como buen animal herido grite, patalee y le insulte de maneras que hasta yo no sabía que podía.

-¿Fue Oscar?

-Sí.

Era una mujer bajita. Yo era un gigantón, y aun así me echo sobre sus hombros y me llevó hasta mi casa que estaba cruzando la esquina del callejón.

Me arrojó sobre la entrada de mi casa cual costal de pulgas.

-¡Hija de puta!

-¿Qué hacemos?

-Querrás decir, que hare yo.

-Puedes morir por esas heridas.

-Moriré de hambre o quizás me maté el virus.

Mirian tocó la puerta y Aurora, la hermana de mi difunto padre salió a mi encuentro.

-Dios –solo eso alcanzó a decir.

-Mira Au, traje las latas –dije en tono jocosos intentando no llorar por el dolor.

Al menos comeríamos. Un día más. Un día a la vez.

## Capítulo 2

### II.

Como pudo, Aurora me vendó las manos y curó las heridas de mi rostro, eso claro también me resistí con gallarda ferocidad. Mirian se regresó a su labor de patrullaje vecinal, mientras Aurora ahora cocinaba la cena con lo poco que había podido recolectar de mi maltrecha búsqueda al supermercado.

-Ahí hay marihuana. Fuma, al menos eso te ayudará con el dolor. No hay analgésicos o medicinas.

Con gusto me fumó un porro. Si es para quitarme el dolor de mierda, bendito sea.

Me senté en la mesa del comedor, mientras Aurora estaba cocinando en la cocina enfrente de mí. Empecé a hacer aros con el humo que expulsaba por mi boca y a perderme en la sensación aterciopelada que recorría todo mi cuerpo. Perderse en pensamientos sin sentido y tener escalofríos hacen que te distraigas de tu propio ser. No me quitaría mi dolor, pero me distraía.

-Tom... Tom... ¡Tomás, maldita sea te estoy hablando!

-¿Qué? ¿Qué pasa?

-La cena. Acomódate.

Estofado de atún en conserva y patatas viejas cocidas acompañado todo de un rico y refrescante jugo de agua con gotas de limón. Que delicia.

-¿Será que me puedes ayudar?

-¿Qué, ahora se te olvidó comer?

Le mostré mis brazos vendados.

-Ah, cierto, perdón. Ya te ayudo.

Me dio la comida en la boca como si fuera un niño pequeño. De cierto modo me avergonzaba, no me gusta ni la pena ni la lástima, aunque tengo el don para lograrlos. El estofado sabía a atún crudo y las patatas estaban crudas también, podían volarle la calza de la caries a cualquiera, pero a buena hambre no hay pan duro.

-¿Qué han dicho las noticias? -pregunté

-Bueno, el voz a voz dice a cada tanto que lo que llamábamos civilización está yéndose al carajo. La gente muere, tiene hambre y si no nos mata un virus nos matamos entre nosotros.

-¿El gobierno?

-¿Cuál gobierno? Eso cayó hace rato. Aunque escuché por el intercomunicador que le quitaste al policía aquella vez que harán un plan de contingencia, darán provisiones y toda la cosa.

-¿Otro? Ojalá les salga tan maravilloso como la última vez –mire hacia el techo sonriente acordándome. –Cuarentena y aislamiento. Mira como terminamos.

Aurora me dio las ultimas cucharadas y se llevó ambos platos a la basura. Ya no había agua, así que lavar los platos era tan útil como las tetillas en un hombre.

-A éste ritmo, terminaremos comiendo en la mano.

-Qué bueno que papá tenía bastantes platos.

-Sí –se acercó y fumó del porro que sostenía entre mis manos vendadas, lo único para lo que servían. –Me iré a acostar. No te metas en problemas.

-Seguro.

Cada tanto se escuchaban gritos provenientes de cualquier lado. Sirenas, disparos o golpes. ahora era como si todo estuviera en alto volumen, hasta cuando una mosca caga se puede escuchar. Al menos nuestra casa, o lo que queda de ella, tenía puerta que aún podía cerrarse y atrancarse, por lo que un ataque de algún merodeador o roñedor es bastante complicado. Igual no es que tuviéramos mucho.

Me quedé un rato mirando a través de las puertas corredizas de vidrio que daban a nuestro pequeño patio. La mecedora tejida y soldada que mi padre fabricó hacía tiempo ya. Parecía que hubiese sido en otra vida, otro yo, otro destino. Aun me rio cuando recién mudados a esta casa, Aurora y mi padre quisieron jugarme una broma o eso creo. Dijeron que había un fantasma y que le gustaba sentarse en aquella mecedora y cuando salías de noche a por agua a la cocina te saludaba sonriente. No dormí como por una semana. Pero ahora me doy cuenta que aquellos miedos no son nada comparados con éstos: Miedo a los demás, miedo a un virus letal invisible

y miedo a no poder comer.

La noche fue haciéndose paso y como si fuera propio de una obra de teatro donde el telón se baja dejando un silencio espectral, ahora la bulla violenta e incesante de afuera se acallaba también. Eso me erizaba los pelos. Es la respiración antes de zambullirse en un espiral de muerte.

Tomé mi posición de todas las noches. El maltrecho cojín en el piso frente a la puerta de la calle y un cuchillo sobre mí regazo para matar a cualquiera que quiera pasarse de listo. Lo han intentado... no lo han logrado aún. Oscar y sus amiguitos quizás quieran terminar lo que empezaron. Quizás alguien cuyo hijo o hija muere de hambre o tal vez aquel hermano que ve a su hermana asfixiarse lentamente por el virus y busca desesperadamente medicina... puede ser cualquiera.

Poco a poco los párpados se me fueron cerrando. Intente luchar contra aquella dulce caída al sueño profundo, pero es difícil. Igual esa lucha es estimulante y si te rindes al menos el sueño se te mete tan rápido como una anestesia y puedes tener quizás uno de los mejores sueños de tu vida, pero mi oído no duerme. Siempre alerta.

*Iban dos barqueros internándose en las aguas del inframundo con la intención de dejar el cuerpo del fallecido padre de uno de ellos en el descanso eterno. De repente una neblina tan espesa como la noche se posó sobre ellos dejando a uno ciego y al otro sordo... Ciego y sordo ¿Cómo pueden ahora comunicarse? ¿Cómo pueden? El rio infernal es traicionero, salvaje e impredecible. Quizás solo estas soñando con la Ilíada y la odisea... el cuerpo del padre cayó al agua y no pudo recuperarse.*

*¿Papá?*

...

*¿Por qué te fuiste?*

...

*Ciego y sordo.*

## Capítulo 3

### III.

Al otro día la cosa fue a otro precio.

Tenía las manos tan moradas e hinchadas que parecían guantes de boxeo. Apenas si podía mover la mano y el dolor era tal que hasta el brazo me era difícil mover.

En general todo yo estaba jodido. Me dolía prácticamente cada centímetro de mi cuerpo, empezando desde la cara hasta las manos, todo. Al menos fue una noche tranquila en parte, aunque las pesadillas me consumen, pesadillas que ni sé que significan o porqué, pero sé que tienen que estar ligadas a algo, algo muy hondó en mí.

-Entonces ambos barqueros son cubiertos por la neblina. Uno queda sordo y el otro ciego y el cuerpo del padre cae al agua, pero solo el ciego puedo oírlo por el chapotear del agua. Lo llama desesperado –le contaba a Au todo lo que había soñado. Ella es psicóloga, al fin y al cabo.

-Mmmmm –se limitó a decir observándome directamente a los ojos. –La pérdida de tu padre te sigue afectando –tomó mi mano hinchada con extrema cautela y con tono dulce intentó decirme que era normal, que su pérdida aún no había sido superada.

Claro que la superé. Un año ha pasado. Un año en el que yo me valgo por mí mismo.

-Yo también le extraño –dijo en tono casi cortado.

Aparté mi mano de la suya, quizás más brusco de lo que pensé y por eso el dolor me atenazó punzante y rápido haciendo que mi cara se tornara pálida y mis músculos se contrajeran.

-Tenemos que hacer algo con esas manos. Puedes perderlas.

-Estoy bien.

-Tomás... no estás bien. Creo que llevas tiempo sin estarlo.

Me levanté de la mesa como pude, intentando no mover mis brazos. Cuando me dirigía a mi cuarto vi que Mirian entraba por la puerta.

-Señora Aurora, ¿Cómo está? –saludó en tono alegre a Au y luego me

clavó los ojos encima. -¿Cómo estás tú?

Solo le gruñí

-Bien chica. Adelanté -le indicó Au.

Mi cuarto ahora era polvo y recuerdos. La cama doble en la que antes dormía plácidamente aún estaba tendida de la última vez que dormí en ella pensando en cosas tan insignificantes y estúpidas: Alcohol, sexo, dinero, éxito. Ahora duermo pensando en que quizás muera próximamente. Bueno, al menos no tengo la ansiedad porque no suceda. Antes pasaba muy ansioso y frustrado, ahora en ese aspecto vivo tranquilo...

Sí... tranquilo.

Mi aire acondicionado, ahora inútil por la falta de luz eléctrica.

Mis libros de novelas. Tantos artistas fabulosos: Rowling con su odisea juvenil mágica o Bukowski con su cruda epopeya en la ciudad de Los Ángeles. Al menos me enseñó que vivir en la mierda no es tan malo. Martín con su épica medieval que me mostró la verdadera naturaleza del ser humano: Una rata asquerosa que hará todo lo posible para obtener poder y satisfacción. Bueno, ahora mismo es una imagen bastante común.

Me senté en mi empolvada cama. La radio policial seguía sobre mi mesa de noche. Sonaba en ocasiones, en otras simplemente se callaba y dejaba todo en tinieblas. Eso era la único que tenía de contacto con planes de la fuerza pública, la escasa fuerza pública.

-Toc, toc -Mirian se hizo en mi puerta. -¿Qué haces?

-Pues... nada. Nada puedo hacer.

Vio mis manos moradas e hinchadas. Hizo un gesto de compasión y dolor.  
-Hay que hacer algo con esas manos. Sino...

-Puedo perderlas, sí ya sé.

-¿Sabes?, no tienes por qué ser un cínico de mierda todo el tiempo.

-Pues el mundo está solo hecho para cínicos. Podemos ser objetivos y no darnos falsas esperanzas. Eso es más peligroso que el propio virus.

-Dicen que está muy cerca de acá. Mi gente afirma a ver conocido un



infectado a pocas cuadras de esta casa.

-¿Sí? Bueno, al menos no me matarán como un perro. Puedo decidir echarme en mi cama una última vez.

Hizo de nuevo una mueca con los labios, una triste, una de pena o lástima. Se sentó a mi lado e intentó analizar más a fondo mis manos heridas.

-¿Te duele?

-Sí... si, me duele mucho.

Sonrió por no haberle contestado como un cínico de mierda.

Mirian viéndola bien era muy dulce. Era una mujer bonita. Lo más vistoso de ella era sus ojos, hechiceros y negros, en contraste con su cabellera negra con rayos rubios, seguramente se los hizo antes del mierdero; su piel era canela y sus manos era muy pulcras, bonitas y tersas. No me acuerdo cuando fue la primera vez que la vi. Ella vivía en mi barrio a pocas casas de la mía, pero nunca me di cuenta hasta que todo cayó. Curioso, vecinos y ahora es que nos conocemos, en el fin del mundo.

-Eres raro, Tomás.

-Lo sé. Siempre lo he sido.

-No tienes cara de ser un tipo duro. Aun ahora, solo pareciese que finges.

Quitó mi mano de las suyas. Ya tengo que dejar de apartarlas de las manos ajenas tan bruscamente, solo me provoca dolor. Aparte mi cara de sus ojos profundos y penetrantes. Siempre me intimidaron mujeres con aquella mirada que cala más en tú alma que cualquier flecha o bala. Ahora había una en mi cuarto.

-¿Veintiuno?

-¿Qué cosa?

-Veintiún años –me preguntó.

-No... no aún.

-Yo tengo dieciocho.

No se lo pregunté. Solo asentí encogiéndome de hombros.

-Estudiaba medicina. En la universidad. Mi primer semestre. Estaba tan feliz, luego empezaron los días de cuarentena. Me acuerdo que nos burlábamos por las redes sociales sobre ese virus. "Es en China, nunca llegará aquí". Pero llegó.

-Sí... me acuerdo.

-Luego empezó la desinformación. Unos decían que era letal solo para los ancianos. Otros que mataba por igual. Países cerraron. Los aeropuertos cerraron. Empezó la histeria, las redes a explotar y la gente a sentir miedo de su propia sombra.

La miré a los ojos de nuevo. Ella los tenía fijos en el suelo.

-Y luego –continué al ver que ella no lo hacía. –La gente empezó a salir a buscarse el pan. Somos un país tercermundista. ¿Qué más se podía hacer? Si me dicen que hay un virus letal, pero mis hijos mueren de hambre, no hay virus que valga.

-Mañana vendré con unos compañeros. Estaban casi culminando la carrera médica cuando todo empezó. Pueden ayudarte con tus manos. Al menos tenemos pomadas de hierbas que calman la hinchazón.

-¿Por qué me ayudas? Nunca nos conocimos en la otra vida. Ahora simplemente me ayudas.

-Somos humanos. ¿Por qué no ayudarnos?

Me quedé callado. ¿Sería posible, un humano altruista en estos tiempos?

Me dio una palmada en la espalda y se fue.

El resto del día me la pasé viendo hacia el techo. Cuando hubo hambre, Au terminó de cocinar lo último de comida que restaba, junto con el agua potable que habíamos conseguido. Cocinaba en un fogón que mi padre construyó, funcionaba con leña y aunque no la pudo vender en vida, al menos ahora proporcionaba una ventaja.

-Saldré mañana yo. Por comida, agua y leña.

-¿Estás loca?

-Mírate. Me has cuidado bien, pero ahora yo cuidaré de ti.

-No...Au. Puedo hacerlo. No te preocupes.

Me dio un pequeño zape en mis manos y casi lloro del dolor.

-¿Ves? Mañana vendrá Mirian. Es una buena chica. Se preocupa por ti.

-Nadie en sus cabales se preocupa por alguien de la nada.

-Bueno... los tiempos que corren no están en sus cabales, así que no hay excusa.

Odio sus técnicas psicoanalíticas para ganar cualquier discusión. Me tenía contra las cuerdas, pero sinceramente no quería pelear más. Estaba cansado y adolorido.

-Trae más hierba.

Se echó a reír. -Aún en el fin del mundo, un baretico no está de más...